

Concha Alborg (2022): *Retrato del joven escritor Juan Luis Alborg. Epistolario durante la Guerra Civil*, UMA editorial, Publicacions de la Universitat de València, 309 pp.*

El libro que ahora reseñamos reúne una selección de cartas que Juan Luis Alborg, crítico literario e historiador de la literatura española, escribió a su novia, Conchita Carles, en su juventud, cuando fue llamado a filas por la República durante la Guerra Civil. Este se suma a una creciente lista de títulos que abordan la vida y obra del célebre erudito¹, quien sigue despertando aún un profundo interés entre los estudiosos, sobre todo en el marco de la Universidad de Málaga, la cual custodia en su Facultad de Estudios Sociales y de Comercio varios miles de libros y un número mucho mayor de documentos personales, sobre todo cartas, donados por su familia, que constituyen un precioso material de estudio. No obstante, este volumen se diferencia de los demás en su perspectiva intimista y humana, pues, gracias a la naturaleza de su contenido y a la identidad de su autora, aporta una mirada única en la construcción de la identidad del escritor.

Fiel a su título, la obra traza el retrato de Juan Luis Alborg en dos niveles diferentes. Por una parte, contemplamos su propio autorretrato que él mismo perfila para su novia a través de sus cartas, como él mismo indica en su carta del 5-6 de noviembre de 1937: «A ti te he contado estas cosas porque procuro que mis cartas sean siempre algo más que un madrigal de amor, y te vayan delineando poco a poco mi carácter, mis preocupaciones, y mi manera de ser y de pensar» (p. 86). Pero, por otra parte, este autorretrato que esboza el escritor lo completa Concha

* Esta reseña ha sido elaborada durante el disfrute de un contrato predoctoral financiado por la Junta de Andalucía (PREDOC_01721)

¹ Este mismo año, sin ir más lejos, se ha publicado *El legado de Juan Luis Alborg: semblanzas y estudios en torno a un historiador y crítico literario*, de J. Lara Garrido y B. Molina Huete (eds.), Libros Pórtico, Iberoamericana Vervuert, Zaragoza-Madrid/Frankfurt.

Alborg, su hija, que da las últimas pinceladas con su labor de edición de las cartas y sus necesarios párrafos explicativos a lo largo del libro. Con estas dos voces, el retrato se termina de completar, poniendo en manos del lector las vivencias más íntimas, los sueños y no pocas frustraciones de un joven enamorado, Juan Luis Alborg, y hasta cierto punto también de su Conchita, que ven cómo los mejores años de su juventud se malgastan en medio de aquel terrible conflicto fratricida.

Otra de las peculiaridades que caracteriza a este epistolario es que se han conservado las cartas de ambos interlocutores. Las misivas de Conchita Carles, recogidas en otro título de Concha Alborg², en sí mismas constituyen un importante testimonio, pues recogen la perspectiva de una mujer en estas circunstancias históricas y muestran su propia voz sin la mediación de su pareja. Nosotros no podemos dejar de recomendar su lectura junto a la de este libro, pues ambos se complementan y nos ayudan a tener una visión completa de los avatares vitales de dos jóvenes en medio de una tragedia colectiva como fue nuestra Guerra Civil.

El libro que nos ocupa se compone de cinco capítulos ordenados cronológicamente. Estos abarcan el periodo como soldado en la retaguardia de Juan Luis Alborg, desde el verano de 1937 hasta el final de la Guerra Civil. También cuenta con prólogo, introducción, bibliografía y conclusión. Hacia la mitad del libro (pp. 161-176) se incluyen una serie de fotografías que ponen cara a algunas de las personas más importantes en la vida de Alborg e ilustra algunos de los aspectos de las cartas. De este modo, podemos ver algunos de los libros sobre los que hablan Juan Luis y Conchita, o el oso de juguete que referencia en la carta del 5 de enero de 1939. A su vez, una reproducción de las cartas (pp. 279-303) nos permite conocer la letra personal de los interlocutores. Todas estas fotografías hacen que la historia que se cuenta en las epístolas sea aún más vívida para el lector.

El prólogo, firmado por José Teruel, de la Universidad Autónoma de Madrid, se centra en el género literario epistolar y pone en valor su función como testimonio esencial de los grandes procesos históricos. Todos estos relatos contados de primera mano nos permiten ver más allá de las narrativas usuales de la historia, casi siempre bastante impersonales, y nos abren una ventana a la cotidianidad, a lo humano. Señala a su vez este escritor la intimidad que tienen las cartas, cercanas a un diario y a las conversaciones del día a día. Pero, como indica el propio José Teruel, «la perspectiva insólita que ofrece de la Guerra Civil es, a mi modo de ver, lo más destacado de este epistolario» (p. 10), puesto que, en efecto, Juan Alborg huye del patriotismo y los tintes políticos en sus epístolas, y muestra la guerra en su faceta más monótona, rodeada de incertidumbre e impotencia, aunque sin dejar nunca de lado su habitual tono humorístico.

La introducción, elaborada por Concha Alborg, al igual que el resto de secciones a partir de aquí, salvo las propias cartas de su padre, pone en relación el epistolario

² ALBORG, C. (2019): *My mother, that stranger: letters from the Spanish Civil War*, Sussex Academic Press.

de Juan Luis con el de otros autores que también escribieron cartas a sus enamoradas, aunque su término de comparación principal es Pedro Salinas. También se nos informa de cómo se hallaron las cartas, preámbulo necesario para la presentación del libro. Para la autora, este volumen es «como el pago final de la deuda que, como hija, como escritora y como la encargada de su legado, tengo con mi padre» (p. 19), algo que se confirma en el exquisito cuidado y la dedicación con los que las cartas se han editado.

Otro tema en el que profundiza Concha Alborg es la importancia de la literatura en la vida del joven Juan Luis Alborg y su reflejo en las cartas. Llama la atención que aquí hallamos una faceta del crítico literario prácticamente desconocida: la de narrador fuera del ámbito científico. Y es que el estilo del escritor, a pesar de su juventud, parece ya formado. Exhibe una gran expresividad, siempre coloca la palabra justa en el lugar adecuado y, en definitiva, logra construir un relato que entretiene y nos hace disfrutar. Otro de los puntos clave, como señala la autora (p. 23), es el suspense, el cual crea Juan Luis Alborg de forma consciente y que cala en el lector actual que, a pesar de conocer a grandes rasgos lo que va a pasar, no puede evitar verse absorbido por la emoción y la anticipación.

El primer capítulo se dedica a la contextualización de la vida del autor hasta el comienzo de las cartas. Se ofrece una biografía de su juventud, que incluye su familia, su modo de vida, la vida de Conchita Carles y su relación, es decir, todos los elementos que son necesarios para entender el epistolario.

Las cartas empiezan en el segundo capítulo y se extienden hasta el quinto. Estos contienen una breve introducción de la autora y, después, reproducen la selección de cartas. Estos primeros párrafos orientativos hacen las veces de resumen y de comentario para poner el foco de atención en los aspectos clave de las misivas. Cada capítulo tiene como título el periodo temporal y la localización geográfica que abarca. Las propias cartas tienen un sistema unificado de fechas, de modo que aparece en el encabezado el lugar donde se escriben, día, mes y año, y al final del cuerpo de la carta aparece la firma de Juan Luis. Todas estas cuestiones de estilo facilitan la lectura.

Sumergiéndonos ya en lo que son propiamente las cartas, a veces, la vida de Alborg en la retaguardia se presenta como un viaje. A lo largo del epistolario podemos trazar sus movimientos a través de los diversos pueblos de Andalucía en que está destinado, sobre todo de la provincia de Jaén, que ocupan los capítulos II y III, y, posteriormente, su vuelta a la provincia de Valencia en el capítulo IV. Durante su estancia en el Frente del sur y en Jaén, el escritor describe detalladamente a su amada los lugares en que presta su servicio militar o que visita, pueblos que él mismo se propone volver a recorrer cuando se recupere la paz y al lado de Conchita, y que son auténticas postales conceptuales. Lo que más llama la atención de las cartas es que, salvo en contadas ocasiones, apenas hay referencias a la guerra, aunque sí a los estragos que esta causa en los pueblos por los bombardeos

enemigos, como es el caso de Arjona, que referencia en su carta del 28-29 de septiembre de 1937 (p. 73).

Las cartas, otras veces, parecen un diario, sobre todo por la sinceridad con la que muestra sus sentimientos: no oculta la alegría y el amor, pero tampoco oculta cuando está molesto, enfadado o frustrado. Estas cartas son también testigo de sus relaciones de amistad, donde destaca la solidaridad entre los soldados, así como de su convivencia con los civiles que acogen a los militares, hacia los cuales Alborg se muestra profundamente agradecido. Una de las amistades más entrañables es la que comparte con doña Carmen, en Arjona, de quien le habla a Conchita con cierta frecuencia en los siguientes términos: «es la mejor interlocutora para mi tema preferido que eres tú» (14-15 de septiembre de 1937, p. 89).

Otro pasaje muy pintoresco es la narración de una excursión a un embalse cerca del Guadalquivir, cuya virtud reside en el dinamismo y la viveza del estilo del escritor. Son también muy ilustrativas las descripciones que hace de la comida, trasportándonos al lugar donde se escribió esa carta.

Pero, sin duda alguna, el tema vertebrador de las cartas de Juan Luis Alborg es su amor declarado y ardiente por Conchita. De ahí proceden sus grandes angustias por no poder estar más cerca de ella, y la monotonía de su día a día, agravada por el hastío de la separación. Su mayor anhelo siempre es estar con ella, pero, como si de una novela se tratase, siempre surgirá algún obstáculo imprevisto que lo impedirá, como cuando vio frustrada su esperanza de librarse del servicio militar como hijo de viuda, o que no se produjera su previsto traslado a Barcelona o la proyectada visita de su Conchita a Andalucía.

Las noticias de su amada son, en esos momentos de incertidumbre, su auténtico alimento espiritual, lo que le aleja de los sabores de la separación y de la guerra, su verdadero remanso de paz. Esto se refleja en su carta del 2 de agosto de 1937, «la verdad es que cada palabra tuya cae en mi alma como una gota de rocío en la boca de un sediento, y con cada día que pasa las aguardo con más sed porque me va doliendo más la ausencia» (p. 56). Como evidencia la fecha, desde el principio se puede ver cuán enamorado está el joven escritor, que arde en una pasión que la distancia y la guerra no hacen sino acrecentar.

Cada carta es, en esencia, una declaración de amor que intenta aliviar esa separación obligada por las circunstancias, que por momentos se hace más dura e insoportable. «Siempre que recibo de ti alguna alegría como se aumenta con ella mi deseo de tenerte conmigo, y entonces me duele más tu ausencia, caigo fatalmente en el extremo contrario y acabo por dejarme llevar del desaliento», escribe Alborg el 19 de febrero de 1938 (p. 127). Incluso tras verse, cuando Juan Luis se traslada cerca de Valencia en 1938, esos periodos de separación se le antojan insoportables, más incluso que antes, puesto que anhela la normalidad de la paz y que ambos vuelvan a ser dueños de sus vidas y de sus destinos, sin interferencias externas. Un ejemplo de esto lo encontramos en la carta del 26 de julio de 1938: «Anoche

mismo te imaginaba sentados los dos ante sendas tazas de café saboreándolo en la tranquilidad de nuestra dicha y sentía una honda nostalgia de esta escena no vivida aún» (p. 189). Estas escenas, cotidianas en tiempos de paz, son para él un idilio absoluto.

A lo largo del libro, tan protagonista es Juan Luis, el autor de las cartas, como Conchita, la destinataria. En palabras de Concha Alborg, Conchita Carles es «su interlocutora ideal y el motor de su epistolario» (p. 24), porque tiene un papel activo al incentivar la escritura casi diaria de su amado y porque es el eje central sobre el que están construidas las cartas. Esto también se demuestra al compartir la joven pareja su interés por la literatura. No hay que olvidar las referencias literarias que plagan las cartas, así como las listas de libros que le proponía Juan a Conchita para su lectura. Entre los autores que se comentan figuran algunos como Armando Palacio Valdés, Anatole France y José Ortega y Gasset, ya como recomendaciones de lectura para Conchita, ya como encargos para su compra. No obstante, hay un título que destaca sobre los demás, *El doctor Arrowsmith* de Harry Sinclair Lewis, pues el joven Alborg veía reflejada en la relación amorosa del protagonista con su amada Leora su propia historia de amor con Conchita. De hecho, ella, ante la insistencia de Juan Luis, llegó a leer también el libro, lo cual dio pie a numerosas bromas compartidas por la pareja. A este respecto, llama la atención el contraste entre su habitual actitud analítica cuando escribe sobre otros títulos y la pasión cuando habla de la novela de Lewis.

Además, Conchita constituye el principal apoyo del joven Alborg, mucho más que su propia familia, mientras está en el frente, atendiendo sus recados y comprándole libros. El procedimiento que seguían se ve a lo largo de las cartas: Juan Luis le mandaba una lista de los libros que necesitaba o deseaba en los sobres y el dinero a través de giros postales, e incluso indicaba dónde podría encontrar cada volumen, normalmente en una librería llamada Maraquat. Es sorprendente el hecho de que Juan Luis Alborg destinara la mayoría de sus recursos económicos a la adquisición de libros, gastando casi toda su paga como soldados en estos. De este modo, una parte muy importante de lo que después sería su biblioteca personal, que actualmente se conserva en la Universidad de Málaga, se constituyó en los años de la guerra, algo que no habría podido lograr sin la ayuda de Conchita.

Con la conclusión, Concha Alborg cierra la narración con lo que ocurrió después del 1 de abril de 1939, el final de la Guerra Civil, pues al perderse la mayoría de las cartas escritas por Juan Luis en los últimos días de marzo de 1939, con la debacle republicana, es necesaria la intervención de la autora para poner punto final al relato vital protagonizado por su padre.

De otro lado, la bibliografía, la última sección del libro, es garante de la rigurosidad científica y formal de la edición del libro. Aunque su naturaleza sea más intimista y personal, los pasajes contextuales del volumen y sus notas son una

fuelle de información fidedigna sobre diversos aspectos de la guerra pertinentes para el libro, esenciales a veces para su comprensión.

Para terminar, queremos añadir que la lectura del libro resulta ligera, agradable y cálida. No es difícil empatizar con los sentimientos que se deslizan por sus páginas y, a pesar del tedio que con frecuencia referencia el autor, las cartas están lejos de ser aburridas. Estas virtudes se deben a la cuidadosa selección de las cartas que hizo la autora, Concha Alborg, que ha buscado siempre las misivas más representativas. Más allá de su valor narrativo, podemos recomendarlo también por abrir una ventana al pasado, por aportar una perspectiva histórica única y, sobre todo, por acercarnos a la faceta humana de Juan Luis Alborg desde una óptica tan personal e intimista como son los sentimientos, esperanzas y confesiones que resumió en los renglones apenas torcidos de las cartas a su Conchita.

Candela Hornero Cano